

LA MUJER EN LA GUERRA:

LAS CANTINIÈRES Y LOS SEGUIDORES DE LOS CAMPAMENTOS

Alejandro Mohorte Medina

Aguadoras, *blanchisseuses*, *vivandières*, *cantinières*, cantineras, seguidoras... entre otras muchas denominaciones con las que eran llamadas. Desde la antigüedad hay personas que acompañaban a los ejércitos, en su mayoría mujeres, que normalmente no aparecen en los relatos de historia militar ni de la vida cotidiana civil. Los romanos fueron los primeros que le pusieron nombre a este fenómeno, llamando “*canabae*” a la aldea que se formaba junto al campamento de los legionarios donde vivían sus familiares y otros seguidores del campamento: de hecho estos asentamientos fueron el origen de numerosas ciudades, como León (originalmente “Legio”) en España que era la base principal de la “Legio VII Gémina” durante la época imperial romana.



Ir a la guerra en familia: papá soldado, mamá y los niños en una fotografía de 1862 tomada en un campamento militar cerca de Washington, durante la Guerra de Secesión Norteamericana (1861-1865).

Si hasta hace relativamente poco la mujer que no vivía en su casa familiar era sospechosa, sobre todo las actrices y su supuesta “vida libre”, las que vivían en los campamentos militares rodeadas de hombres lo eran mucho más. Además era un colectivo frecuentemente nómada, en un mundo donde la gran mayoría de la población nacía, vivía y moría sin apenas haber salido de su lugar de nacimiento. Al igual que sobre las actrices sobre ellas hemos heredado toda una serie de prejuicios peyorativos, cuando en realidad estas personas eran en su mayoría simplemente la familia de los soldados a los que acompañaban en campaña: esposas, madres, hijas, hermanas, viudas...

También algunos oficiales importantes llevaban a su familia e incluso a sirvientes, con su propia comitiva de carruajes y carros de transporte, formando toda una sociedad paralela compartiendo un espacio en principio exclusivamente militar. De todas formas las mujeres de los oficiales formaban un grupo aparte de tipo aristocrático con su propia vida social e incluso galante: de hecho alguna publicó sus experiencias detallando la vida de campamento, como durante la guerra de la independencia norteamericana (1775-1783) la obra “*Cartas y diarios relativos a la guerra de la revolución americana y la captura de las tropas alemanas en Saratoga*” (Berlín, 1800) de la baronesa alemana Friederika Charlotte von Riedesel, hija de un oficial del ejército prusiano y esposa del general Friedrich Adolf Riedesel de las tropas del ducado de Brunswick, que formaban parte del ejército británico del teniente general John Burgoyne derrotado en la batalla de Saratoga en 1777.

De hecho el ejército era un microcosmos que reflejaba la estratificada y cerrada sociedad de la época: era como una obra de teatro donde cada uno conoce su papel y su lugar en el escenario, y salirse de él era la llamada “confusión de órdenes” de los desclasados que renegaban de su clase social como trepas dispuestos a todo por ascender o degenerados por mezclarse con inferiores. Cosas de otra época.

Régimen de vida, vestuario y primeras regulaciones

Se tenía cuidado en que no se colaran en el campamento o el cuartel espías o gente problemática, y por eso se prefería como seguidores a familiares de los propios soldados o con alguna vinculación personal con ellos. En total todas estas mujeres de los campamentos tampoco eran muchas, entre 5 y 10 por cada cien soldados: menos cuando el ejército tenía problemas, y más cuando todo iba bien.

Los seguidores de los campamentos compartían con los soldados la disciplina, el hacinamiento, las largas marchas, el trabajo duro, el cansancio, las privaciones, las enfermedades y epidemias, el hambre, el frío, la lluvia, el calor, todas las inclemencias del tiempo así como en la guerra el riesgo de ser muertas, heridas, capturadas, asaltadas,

robadas y cosas peores. También compartían con los soldados su origen social, procediendo en su mayoría de clases bajas tanto del mundo rural de jornaleros y campesinos como en el urbano de tenderos y artesanos.

No llevaban uniforme y el vestuario de las seguidoras de campamento era el vestido femenino normal de la época: camisa, enaguas, falda, delantal, corpiño, calzas, zapatos o zuecos, chal o capa como abrigo y un sombrero. Algunas bajo la falda adoptaron calzones masculinos, el pantalón ceñido que llegaba por debajo de la rodilla, pero los “pololos” no se hicieron habituales hasta la segunda mitad del siglo XIX. Entre los objetos habituales que llevaban consigo había agujas de coser, tijeras, algún cuchillo de cocina, piedra de afilar... Eran consideradas no-combatientes, aunque las había que llevaban armas y las utilizaban si era necesario. A finales del siglo XVIII cada vez más frecuentemente adoptaban algún elemento del vestuario militar de la unidad a la que seguían como la casaca o el gorro cuartelero –el llamado “*bonnet de police*” en francés-, y en Francia a principios del XIX con el Imperio también solían llevar una casaca corta cerrada con trenzados de estilo húsar que era la moda del momento en toda Europa. La mayoría iban a pie y solían prohibirles subirse a los carros de abastecimiento, pero podían tener burros y mulos e incluso carruajes propios.



Dos miniaturas representando a cantinières francesas de época revolucionaria e imperial

Además de las familiares de los soldados que acompañaban a la tropa, a finales del siglo XVIII empezaron a regularse las funciones de las mujeres en las unidades del ejército.

En los ejércitos tradicionales la presencia femenina era algo aceptado por costumbre, no apareciendo referencias oficiales sobre ellas hasta fechas muy tardías. De hecho para

conocer su situación la normativa conocida es de los últimos años de las guerras napoleónicas, aunque refleja la situación durante al menos la segunda mitad del siglo XVIII totalmente centrada en admitir en los campamentos sólo a familiares de la tropa y suboficiales sin más especificaciones sobre sus funciones.

De hecho la normativa comparativamente más extensa sobre los seguidores de campamento es española, publicada en el periódico oficial del gobierno español “*Gazeta de Madrid*” del jueves 7 de septiembre de 1815 -cuando tras la batalla de Waterloo entran en territorio francés tropas británicas y prusianas desde el norte, austriacas y rusas desde el este y españolas desde el sur para asentar al rey Luis XVIII en su trono frente a los bonapartistas- donde podemos leer “*Barcelona 29 de agosto (de 1815). Bando mandado publicar por el Excmo. Sr. Capitán general D. Francisco Javier Castaños, general en jefe del ejército de los Pirineos Orientales, al entrar con las tropas de su mando en el territorio francés...* (para tranquilizar a la población civil francesa se anuncian las pautas de comportamiento de todos los miembros del ejército español y personal asociado, especificando en los Puntos 2 y 14) 2. *Los dependientes no militares, o de armas tomar de todos los ramos del ejército, los criados, vivanderos y cualesquiera otros individuos que sigan a las tropas, quedan sujetos a las mismas penas, sin excepción, que los individuos militares para todas las faltas y delitos relativos a los artículos señalados en las Reales Ordenanzas con los títulos siguientes: ultraje a lugar o cosas sagradas, injuria o insulto a ministros de justicia, robo de cualquiera especie, sedición, desórdenes cometidos en las marchas, violencia a mujeres, muertes o heridas, contra la disciplina, incendiarios, infidencia, alboroto, insulto a salvaguardia, daños en los campos o las casas, consentimiento o abrigo de un delito, ilegalidad de los dependientes de víveres, comerciantes y vivanderos*”, y “14. *No se consentirá sigan el ejército otras mujeres que las que tuvieren permiso especial del general en jefe, y las propias desde sargento inclusive abajo, o de los individuos no militares de clase correspondiente; y en caso que cometiesen desórdenes quedarán sujetas y sufrirán las penas que conforme a sus excesos se juzgue conveniente imponerlas. Cualquiera otra mujer que en desprecio de este artículo, con perjuicio de las buenas costumbres siguiere al ejército, será aprendida y conducida a encierro por primera vez, y por segunda se la aplicará la pena correspondiente a su desobediencia*”.

En Gran Bretaña la situación de las mujeres se menciona en 1800 cuando el duque de York hizo pública una normativa –con fecha de 29 de octubre de 1800, aparece en la “*Collection of Regulations and Miscellaneous Orders 1760-1807*”- en virtud de la cual “*Su Alteza Real permite que las mujeres, si son esposas legítimas de los soldados, embarquen con ellos en una proporción de seis mujeres por cada cien hombres (incluidos los que no sean oficiales)*”. En 1801, por ejemplo, el cuerpo de fusileros publicó unas “*Normas para las esposas de soldados*” que empezaba así: “*El número de mujeres embarcadas que permite el Gobierno es de seis por cada cien hombres, incluidas las esposas de los hombres que no sean oficiales. Esta cifra es holgada y en realidad más que suficiente para un cuerpo ligero...*”. En 1807 un reglamento general para las tropas destinadas a Europa continental especificaba que se debía elegir con

esmero a las esposas “*que mostrasen buen talante y la inclinación de sentirse útiles; es muy deseable que las que tienen hijos se queden en sus casas*”. Y a estas pocas líneas sobre su situación al embarcar se reduce toda la normativa británica sobre la materia.

En la Francia revolucionaria la Convención aprueba el “*Decret por congédier des armées les femmes inutiles*” (Decreto para librar a los ejércitos de las mujeres inútiles) de 30 de abril de 1793 que reduce la presencia femenina por batallón a cuatro “*blanchisseuses*” o lavanderas y un número indeterminado de “*vivandières*” o abastecedoras autorizadas a vender comida y bebida a la tropa, que deberán tener un documento de autorización firmada por el jefe de cuerpo revisada por el comisario de guerra y llevar una señal distintiva, expulsando a todas las demás. Hacia 1804 ambos términos de “*blanchisseuse*” y “*vivandière*” habían sido desplazados por el de “*cantinière*” o cantinera centrada en la segunda función. También entonces empezaron llevar un “*tonnelet*” o barrilito con los colores azul-blanco-rojo y el número de la unidad o regimiento como identificación, como contratistas civiles del ejército sujetas a regulación.

De todas formas, como sabemos principalmente por cartas privadas y memorias de soldados, la vida real en un campamento de la época superaba con amplitud toda esta normativa mencionada.

Vivir en un campamento militar en los siglos XVIII y XIX

Para los seguidores de campamento el ejército era una forma de vida marchando a la guerra literalmente “en familia”, y la mejor fuente de reclutas eran los hijos de los propios soldados que habían vivido en los cuarteles y campamentos desde su nacimiento. Las mujeres y niños de la tropa ejercían todo tipo de funciones auxiliares consideradas entonces “femeninas” necesarias pero no previstas en los reglamentos militares de la época: cocinar, limpiar, lavar, coser, tejer, recoger leña y agua, conseguir alimentos y abastecimientos, así como trasladar y atender a enfermos y heridos incluso en pleno combate... tanto de forma gratuita para familiares y allegados, como bajo pago. De hecho también hacían las funciones de enfermeras a las órdenes del cirujano del regimiento, y hacían los uniformes como costureras a las órdenes del sastre de la compañía, cobrando un salario por ello. Así en un campamento o cuartel de la época, además de soldados haciendo instrucción y jugando a las cartas o cualquier cosa imaginable, podía encontrarse niños jugando y mujeres cocinando, lavando, tendiendo, cosiendo, vendiendo en tenderetes y atendiendo en el hospital de campaña a heridos y enfermos.

En los campamentos la cantina solía ser desde un tenderete o un carruaje hasta una tienda de campaña o una casa con licores, comida y otros productos a la venta que actuaba como un auténtico centro social. Todos acudían allí a comer, beber, fumar,

jugar, conversar, cantar, divertirse, leer el diario –quien sabía leer-, informarse y tratar todo tipo de asuntos, ocasionalmente se hacían bailes y se llegaba a representar obras de teatro. No todo era trabajo y sufrimiento siempre. Las *cantinières* montaban negocios, como las propias cantinas, y en tiempo de guerra participaban extraoficialmente del botín -si lo había- tanto como revendedoras de productos como directamente del saqueo siendo las primeras en merodear por el campo de batalla tras un combate -buscando heridos propios y botín ajeno-. Igualmente en las partidas de soldados “forrajeadores” enviados en busca de abastecimientos era frecuente su presencia, especialmente seleccionando la comida a comprar, requisar o confiscar con la complicidad de los soldados de su unidad y la consiguiente la mala fama entre la población civil. De todas formas el simple robo estaba penado con dureza también para ellas, pudiendo ser procesadas, azotadas y expulsadas del campamento entre otras penas.



La visión española: imagen del ilustrador Dionisio Álvarez Cueto (1967-2009), representando a un tambor y un soldado de infantería de línea española, un miliciano y una aguadora / cantinera al principio de la invasión napoleónica de España (1808-1814). Valga como recuerdo y homenaje a la labor realizada por este gran ilustrador histórico en sus distintas facetas y estilos.

En cualquier campamento la privacidad era escasa, y rodeadas de hombres eso también les atribuía de nuevo la consiguiente mala fama al margen de lo que hicieran realmente en su vida privada. El tópico es tratarlas de ladronas y putas. Evidentemente podía darse el caso de la presencia ocasional de prostitutas, pero en estos ambientes rígidamente reglamentados de campamentos militares y cuarteles donde no se toleraba el desorden la prostitución era un fenómeno minoritario y mucho menos admitido de lo que hoy creemos. En la sociedad de la época la prostitución era frecuente entre las clases bajas por ser una de las escasas opciones laborales para mujeres sin recursos, y como todos en

la época los soldados que querían y podían pagarlo acudían a ellas al igual que ellas rondaban los campamentos y cuarteles en busca de clientes... pero su presencia conocida para ejercer su oficio dentro de ellos no se admitía. En la sociedad de esta época además de temidas enfermedades comunes como la tuberculosis o el tifus que hacían estragos en cuanto aparecían, la sífilis y otras enfermedades de transmisión sexual eran una auténtica plaga: dadas las limitaciones de la medicina de la época para tratarlas, en los ejércitos se intentaba prevenir las enfermedades y epidemias imponiendo la disciplina más estricta en la rutina diaria, limpieza con frecuentes revistas de equipo y una constante vigilancia moral y sanitaria... aún así con resultado ciertamente relativo, ya que fuera de las instalaciones militares no se podía poner puertas al mar.



Eugène Lelièvre, ilustrador (1908 y en 2010 con 102 años seguía pintando en su taller)

<http://www.eugenelelievre.com/>

De hecho en las guerras del siglo XVIII y XIX, antes del desarrollo de la medicina moderna, de media de cada cien soldados unos 60 sobrevivían sin secuelas pero morían en torno a 18, de ellos 12 por enfermedades y sólo 6 en combate, mientras otros 12 quedaban mutilados. Por otro lado en esta época que tratamos, y hasta después de la Primera Guerra Mundial, los civiles eran mantenidos -en la medida de lo posible- al margen de los combates siendo las bajas civiles en las guerras menores que las militares.

Examinando a personas de otra época.

El 9 de septiembre de 2002 al excavar la cimentación para un edificio de apartamentos en la ciudad de Vilna, capital de Letonia, se encontró la mayor fosa común descubierta de la época napoleónica: 1.724 esqueletos reconocibles -903 hombres y 27 mujeres confirmados, y 794 demasiado incompletos para confirmarlo- totalizando más de 2.000 cuerpos amontonados en apenas cien metros cuadrados de fosa. El equipo de los antropólogos Rimantas Jankauskas y Arunas Barkus empezó a encontrar entre los restos de los cuerpos botas, galones de oficial y sobre todo botones de 56 regimientos diferentes del ejército francés de infantería, caballería, artillería e incluso unidades de la guardia imperial que habían participado en la campaña de Rusia... y fallecieron congelados en las calles de Vilna la noche del 9 de diciembre de 1812. Su desgracia hoy en día nos ha permitido saber muchas cosas sobre ellos. Los 365 cuerpos a los que se pudo determinar la edad -por la separación de los discos de las vértebras de la columna vertebral- nos mostraron que el típico combatiente napoleónico era un hombre de entre veinte y veinticuatro años, pero 38 eran jóvenes de menos de veinte años: un 10% de la tropa tenía entre 15 y 20 años. De los 930 cuerpos a los que se pudo determinar el sexo -al examinar la pelvis, más estrecha en los hombres- 27 eran mujeres: un 3% de los miembros de la comitiva del ejército eran seguidoras de campamento como cantineras, esposas de soldados o refugiadas.



La imagen romántica de la cantinière francesa en época imperial

Cuando se examinaron los cuerpos se encontraron fracturas por compresión, características de personas sometidas a un gran esfuerzo físico, y huesos de los pies con microfracturas propias de sobreesfuerzo marchando. En las heridas descubiertas sólo unas pocas pueden ser achacadas a armas y todas estaban en período de curación: los enterrados no murieron en combate. Se encontraron en los huesos indicios de sífilis, una enfermedad común en la época, pero sorprendió no encontrar rastros de tuberculosis que era la otra gran enfermedad del siglo. De 35 cuerpos a los que se pudo examinar la pulpa dental solo siete tenían “fiebre de las trincheras” y apenas tres padecían tifus. Se buscó entonces en los cuerpos señales de enfermedades que pudieran ser transmitidas por piojos y otros parásitos que pueden anidar en la ropa, pero no había rastro de ellas.

Como conclusión se puede decir que, para la época, los enterrados en la fosa de Vilna eran gente sana y su estado de salud era bueno. Sin embargo en la arena que rodeaba la pelvis de los cuerpos se han encontrado restos de sus últimas comidas, descubriéndose cosas muy extrañas e incluso insectos: hasta tres cuartas partes de la Grande Armée de la campaña de Rusia de 1812 pudo morir de hambre, agotamiento y congelación.

Los seguidores del campamento acabaron viendo reconocido su derecho a atención médica en hospitales militares y a una pensión tras el fin de sus funciones, pero como les pasó a todos los veteranos de las guerras del siglo XVIII y napoleónicas en toda Europa, tenían que reclamarlas expresamente demostrando sus actividades siendo estas peticiones la principal fuente de información sobre sus vidas personales.

Fuentes para conocer a los seguidores de campamento

Aunque su presencia salpica las crónicas y diarios personales de todas las épocas, incluso protagonizan novelas en el siglo XVII como “*Landstörzerin Courasche*” (“Madre Coraje”) escrita y publicada en 1668 por el autor alemán Hans Jakob Christoph von Grimmelhausen (1621-1676), los seguidores de campamento son un tema apenas tratado por la historiografía. Más próximo a la época que tratamos donde más información podemos encontrar es en la historiografía norteamericana sobre su guerra de la independencia (1775-1783), a la que han estudiado desde prácticamente todos los puntos de vista, aunque es el ejemplo de un modelo generalizado en todo el mundo desde la antigüedad.

Durante el período revolucionario (1789-1799) y napoleónico (1799-1815) en Francia, junto al anterior modelo de familias en movimiento, el fenómeno se “profesionaliza” y empiezan a regularse legalmente las funciones de las seguidoras de los campamentos como *blancheusses* o lavanderas, *vivandières* o abastecedoras y finalmente las llamadas “*cantinières*” o cantineras centradas en funciones de abastecimiento.

Ambos fenómenos, el de familias en movimiento y el de las *cantinières*, convivieron ya en la época de la fotografía siendo registrado en imágenes durante la Guerra de Secesión Norteamericana (1861-1865), y siguieron siendo habituales en los ejércitos hasta fecha tan reciente como el principio de la Primera Guerra Mundial ya en el siglo XX.



Un veterano (identificado por sus ángulos de años de servicio en el brazo) ayudando a una cantinière y sus hijos a cruzar un río en 1812. Ella lleva un barril de brandy cruzado desde su hombro y cacharros de cocina atados a su silla de montar. Los barriles de las cantineras normalmente llevaban un número de registro pintado a un lado para demostrar que el jefe de administración de la división la había autorizado oficialmente.

Pintado hacia 1837 por Josep-Louis Hippolyte Bellange (1800-1866) pintor francés, ilustrador, litógrafo, impresor y pintor historiográfico.

<http://www.artfinder.com/artist/joseph-louis-hippolyte-bellange/works/>

A finales del siglo XVIII para extender propaganda ideológica y distraer a la tropa en campaña aparecen en principio de forma ocasional compañías de espectáculos y teatro, y en la segunda mitad del siglo XIX incluso sórdidos burdeles, contratados y controlados por la administración del ejército como contratistas civiles sin relación con el mundo de las seguidoras y *cantinières*.

Por otro lado a principios del siglo XX el desarrollo técnico y científico de la logística y la sanidad militar, que eran sus funciones básicas, exigían ahora unos conocimientos y profesionalidad que no tenían esas familias en movimiento. Todo ello, unido a las nuevas formas de hacer la guerra, llevó a la desaparición definitiva de los hasta entonces tradicionales seguidores de campamento civiles en los ejércitos.

Sin querer ser exhaustivo, los textos que siguen sobre el tema han sido extraídos y traducidos de los libros y artículos que encabezan cada sección.

Para saber más (Bibliografía):

Los documentos que siguen son:

- *“Los soldados europeos entre 1550 y 1650”* Geoffrey y Angela Parker. Akal / Cambridge. Historia del mundo para jóvenes. Monografías (1991)
- *“Continental Infantryman of the American Revolution”*. John Milsop. Ilustraciones de Steve Noon. Warrior 68. Osprey Publishing (2004)
- Artículo *“Siguiendo al tambor: Cantinières”* por Tom Holmberg (www.napoleon-series.org)
- *“French Napoleonic Infantryman. 1803-1815”* Terry Crowdy. Ilustraciones de Christa Hook. Warrior 057. Osprey Publishing (2002)

Otras fuentes útiles:

- *“Mujeres en el mar”* David Cordingly. Terra incógnita. Edit. Edhasa (2000)
- *“Belonging to the Army. Camp Followers and Community during the American Revolution”* Holly A. Mayer. University of South Carolina (1996)
- *“Investigando la historia: el ejército de Napoleón”* (título original: *“Napoleon’s mass grave”*). Canal Historia (2004).
- *“Sexo en la guerra: la revolución americana”* (título original *“XY Factor: the American Revolution”*). Canal Historia (2001).
- *“Letters and journals relating to de War of the American Revolution, and the capture of the German troops at Saratoga. By Mrs. General Riedesel”* (Friederika Charlotte von Riedesel). Edición en inglés publicada en Albany en 1867. Enlace de descarga gratuita:
http://books.google.es/books?id=q4UBAAAAMAAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

“LA FANCHON” del general Lasalle. Traducción de Fernando Boan.

La canción dedicada a la cantinière “Fanchon” (Francisquita) fue compuesta por el general Lasalle, el prototipo de húsar tan luchador como vividor, la víspera de la batalla de Marengo que se produjo el 14 de junio de 1800. Siguió siendo popular hasta la década de 1870.

<http://www.youtube.com/watch?v=nZVdImxRIGA>

http://www.deljehier.levillage.org/textes/chansons_paillardes/fanchon.htm

<http://www.youtube.com/watch?v=jj7coEGtEi8>

*Amis, il faut faire une pause!
J'aperçois l'ombre d'un bouchon;
Buvons à l'aimable Fanchon
Chantons pour elle quelque chose*

¡Amigos, hagamos una pausa!
Percibo la sombra de un tapón
Bebamos con la amable Fanchon
Cantemos por ella cualquier cosa

*Et AH! Ce que son entretien est doux,
Ce qu'elle a de mérite et de gloire
Elle aime à rire elle aime à boire,
Elle aime à chanter comme nous
Elle aime à rire elle aime à boire,
Elle aime à chanter comme nous
Elle aime à rire elle aime à boire,
Elle aime à chanter comme nous
Oui comme nous, oui comme nous!*

Y, ¡Ah! Que su compañía es dulce
Es que ella tiene el mérito y la gloria
A ella le gusta reír, a ella le gusta beber,
A ella le gusta cantar como nosotros.
A ella le gusta reír, a ella le gusta beber,
A ella le gusta cantar como nosotros.
A ella le gusta reír, a ella le gusta beber,
A ella le gusta cantar como nosotros.
Sí como nosotros, ¡Sí como nosotros!

*Fanchon, quoique bonne Chrétienne
Fut baptisé avec du vin,
Un bourguignon fut son parrain
Une bretonne sa maraine*

Fanchon es una buena cristiana
Fue bautizada con vino,
Un Borgoña fue su padrino
Una de Bretón su madrina

*Et AH! Ce que son entretien est doux,
...*

Y, ¡Ah! Que su compañía es dulce
...

*Fanchon préfère la grillade
A d'autre mets plus délicats
Son teint prend un nouvel éclat
Quand on lui verse une rasade*

Fanchon prefiere la carne a la brasa
A otros platos más delicados
Su tez adquiere un nuevo brillo
Cuando alguien invita a una ronda

*Et AH! Ce que son entretien est doux,
...*

Y, ¡Ah! Que su compañía es dulce
...

*Fanchon ne se montre cruelle
Que quand on lui parle d'amour
Mais moi, je ne lui fait la cour
Que pour m'ennivrer avec elle*

Fanchon no se muestra cruel
Solo cuando se le habla de amor
Pero yo, yo la cortejo
Solo por emborracharme con ella

Et AH! Ce que son entretien est doux,

Y, ¡Ah! Que su compañía es dulce

...

*Un jour, le voisin La Grenade
Lui met la main dans le corset
Elle répond par un soufflet
Sur le museau du camarade*

Et AH! Ce que son entretien est doux,

...

...

Un día el colega La Granada
Le metió la mano en el corpiño
Ella le respondió con una bofetada
En los morros del camarada

Y, ¡Ah! Que su compañía es dulce

...

El autor: Antoine Charles Louis Collinet, Comte de Lasalle (1775-1809). La quintaesencia de la caballería. Se le podría considerar el comandante de caballería ligera más pintoresco y quizá el más valioso de Napoleón. Lasalle fue famoso tanto por sus hazañas en el campo de batalla como por su estilo de vida salvaje. Según la leyenda la primera conversación que el joven general Napoleón mantuvo con él acabó en un griterío, con amenazas de duelo y Napoleón diciendo “¿Está usted loco?”.

En la siguiente década Lasalle se revelaría inestimable en casi todos los campos de batalla de Napoleón desde Egipto a España pasando por Europa Central, y el Emperador perdonó e indultó repetidamente los excesos de Lasalle con la bebida, el juego y las mujeres. Comandando una división de caballería ligera, Lasalle tomó parte en la campaña de 1809 contra Austria. En las primeras horas de la mañana previa a la batalla de Wagram, tras una supuesta premonición de su muerte, escribió a su mujer:

“Mon coeur est à toi, mon sang a l’Empereur, ma vie à l’honneur”

(Mi corazón te pertenece a ti, mi sangre al Emperador, y mi vida al honor)

El general Lasalle murió el 6 de julio de 1809 mientras lideraba una carga combinada de caballería ligera y pesada contra los austriacos. Tenía 33 años. Descansa hoy en día en Los Inválidos cerca de su emperador.

ARTÍCULOS Y DETALLES DE UNA FORMA DE VIDA

“Los soldados europeos entre 1550 y 1650” Geoffrey y Angela Parker. Akal / Cambridge. Historia del mundo para jóvenes. Monografías (edición española, 1991). Páginas 34 y 35.

Los seguidores de las tropas y sus familias.

Aquí a la derecha aparece un dibujo en el que vemos un espléndido ejército en marcha, y en él vemos que los soldados de la Europa del siglo XVI no avanzaban ellos solos: en medio de la infantería, la caballería y la artillería, marchan unas columnas de mujeres. Una de ellas lleva su equipaje sobre la cabeza, y otra lleva una mochila (¿o quizá se

trata de su bebé?). Además, todas ellas llevan bastones para caminar por el terreno desigual, y a su lado caminan los niños, las mulas, las vacas (que servirán de alimento si es necesario) y las carretas de carga en las que llevan toda clase de objetos, tiendas y equipos.

El dibujo nos sirve para hacernos una idea de la cantidad de carros y seguidores de la tropa que había en casa ejército: muchas veces, sólo la mitad de la comitiva eran realmente soldados, el resto eran mujeres, niños y criados que a veces superaban en número a los componentes de las tropas. Además a estos seguidores había que alimentarlos, y la mayor parte de ellos exigían algún medio de transporte. Así, por ejemplo, en el año 1577 un ejército español de 5.300 hombres que se trasladaba de los Países Bajos a Italia pidió raciones como para alimentar a 20.000 personas, es decir, que por cada soldado había tres acompañantes. Esta misma expedición llevaba un equipaje que pesaba 2.600 toneladas, y para transportarlo hicieron falta quince asnos, 118 mulas pequeñas y 365 mulas grandes. Y unos cincuenta años después, las cosas no habían cambiado demasiado: en 1622 un holandés vio a una columna española que marchaba a la guerra y se echó las manos a la cabeza, horrorizado: “Jamás se habrá visto una cola tan larga en un cuerpo tan pequeño”, escribió. “Un ejército tan pequeño con tantos carros, mulos de carga, rocines, cantineros, lacayos, mujeres, niños y toda una chusma que superaba con mucho al propio ejército”.

En los ejércitos que permanecían movilizados durante mucho tiempo, los hombres se alistaban jóvenes e iban envejeciendo en el servicio activo, y muchos de ellos se casaban y tenían hijos. Así, el ejército se iba convirtiendo en el “hogar” de muchas mujeres y niños que no tenían ningún otro lugar donde ir. Por ejemplo, durante el conflicto que azotó Europa central desde 1618 hasta 1648, la llamada Guerra de los Treinta Años, cada uno de los ejércitos se convirtió, al irse trasladando de cada batalla o cada sitio al siguiente, en una gigantesca ciudad ambulante con su propia vida comunitaria: había tiendas, servicios y familias, defendido todo ello por una muralla de hierro: las armas de los soldados. Al final, cuando terminó la guerra, muchos de los habitantes de estas ciudades ambulantes se quedaron de repente sin “hogar”, pues la vida del campamento era la única que conocían. Precisamente se escribió una historia muy famosa acerca de la esposa de un soldado que, después de las guerras alemanas, no supo qué hacer al volver a la vida civil. La historia se llamaba “Madre Coraje”, y fue convertida en obra de teatro por Berthol Brecht.

En cuanto a la vida de las esposas de los soldados, era tan difícil como la de sus maridos, pues además de cocinar y encargarse de los niños tenían que realizar tareas para otros, tales como lavar, limpiar, coser o arreglar ropa, para poder conseguir un poco de dinero extra para su familia. Y si su marido moría en la batalla, la única esperanza que le quedaba era casarse otra vez: “Madre Coraje”, por ejemplo, se casó con ocho soldados, y todos menos uno murieron en la lucha. Por otra parte, si su marido era derrotado, su vida podía convertirse en un infierno, pues normalmente el campamento del ejército vencido quedaba en manos del enemigo, y éste muchas veces

les cortaba el cuello a todas las mujeres y niños que encontraba; y si se libraban de ese destino, entonces se convertían automáticamente en esposas o criadas de los vencedores.

La obra “*Landstörzerin Courasche*” (traducida como “Madre Coraje”) publicada en 1668, y escrita por el autor alemán Hans Jakob Christoph von Grimmelhausen (1621-1676) como segunda parte de su “*Der abenteuerliche Simplicissimus*” o “El aventurero Simplicísimus” publicada el mismo año, es una novela picaresca feminista que inspiró ya en el siglo XX “*Mutter Courage und ihre Kinder*” (“Madre Coraje y sus hijos) de Berthol Bretch escrita en 1938 y “*Das Treffen in Telgte*” (“El encuentro en Telgte”) de Ghünter Grass escrita en 1979. Cuenta la historia de una joven natural de Bohemia cuya educación por su ama es interrumpida por el comienzo de la Guerra de los Treinta Años: primero siendo adolescente se hace pasar por hombre y es alistada como soldado, después es descubierta su condición femenina y se casa sucesivamente con siete soldados que mueren en la guerra sin durarle ninguno un año, mientras ella se gana la vida como vivandera y vendedora ambulante de las tropas aunque cuando el negocio empeora acaba cayendo ocasionalmente en la prostitución para alimentar a sus hijos. Grimmelhausen, que había sido soldado durante la misma Guerra de los Treinta Años en la que viven sus personajes, hace una obra moralista criticando los abusos y depredaciones perpetradas en el marco de la guerra.

<http://es.wikipedia.org/wiki/Grimmelshausen>

“*Continental Infantryman of the American Revolution*”. John Milsop. Ilustraciones de Steve Noon. Warrior 68. Osprey Publishing. (2004). Páginas 43 a 45.

Un elemento común en los tres ejércitos (británico, y los americanos continental y las milicias de cada estado) era que mujeres y niños marchaban con las tropas en campaña. Testigos británicos describieron el entierro de 40 soldados después de la batalla de Bemis Heights “después de ser despojados de sus ropas por las mujeres del campamento americano”. Washington escribió el 4 de agosto de 1777:

“En el actual estado del ejército, cada inconveniente se demuestra muy perjudicial para el servicio; la multitud de mujeres en particular, sobre todo las embarazadas o que tienen niños, son un obstáculo para cada movimiento. El Comandante en Jefe en consecuencia recomienda encarecidamente a los oficiales al mando de brigadas y cuerpos, que usen cada medio razonable a su alcance para desembarazarse de todo el que no sea absolutamente necesario”.

Tuvo que escribir más de 25 Órdenes Generales sobre las mujeres. Muchas encargaban a los oficiales que no les permitieran ir en los carros de suministros. Una requería que estuvieran fuera de la vista cuando el ejército marchara a través de Philadelphia en 1777

en su marcha hacia el Brandywine. Después de estar fuera de la vista hasta que los soldados las adelantaron, simplemente les alcanzaron y se situaron en su lugar habitual en la retaguardia del ejército.

Las mujeres ejercían toda una serie de funciones, incluyendo la de lavanderas y enfermeras. Algunas llevaron agua a sus hombres bajo el fuego en la batalla del Brandywine. En el matadero del campamento hacían jabón, aceite (con la grasa de los animales sacrificados) y cuero (con la piel). Recibían raciones y aquellas que tenían asignados trabajos recibían una paga. Los médicos reclutaban mujeres para los hospitales. En una orden de 31 de mayo de 1778 se lee: “Los Oficiales al Mando de Regimientos ayudarán a los médicos de los Regimientos para conseguir tantas mujeres del ejército como puedan conseguir para servir como enfermeras a sus órdenes, por lo cual serán pagadas con el precio habitual”. Hay un solo caso documentado de una mujer, Debra Samson, vestida como un hombre para alistarse en el ejército. Los detalles de su historia son apenas esquemáticos, pero al ser herida en una escaramuza fue descubierta. Otras mujeres esperaban a sus maridos durante la batalla, y compartían el destino del ejército. Cuando la British Legion perseguía los restos del ejército de Horatio Gates después de (la batalla de) Camden, dispersaron a las mujeres y niños. Los registros no recogen cuantos pudieron reunirse con el ejército cuando se detuvo.

El número de los seguidores del campamento subía y bajaba. En Valley Forge pudieron ser apenas 400. En Newburgh en 1781 habían crecido hasta los 700. Afrontaban una vida difícil bajo la misma disciplina que dirigía a sus hombres. Unas pocas fueron procesadas, condenadas y expulsadas del campamento por robo. Los seguidores del campamento raramente incluían prostitutas entre ellos, aunque cubrieran necesidades de los hombres. Cuando eran descubiertas en el campamento podían ser azotadas y expulsadas. Actuar en los alrededores del campamento era más seguro aunque fuera incómodo.

Página 62 (comentarios de las láminas):

D: ACANTONAMIENTO DE NEW WINDSOR: MARIDO, MUJER Y NIÑO ATENDIENDO LOS TRABAJOS RUTINARIOS DEL CAMPAMENTO, PRIMAVERA 1782.

Setecientos seguidores del campamento acompañaban a los continentales (un seguidor por cada diez soldados) en su campamento de invierno en New Windsor durante el invierno de 1781 hasta la primavera de 1782. Mayoritariamente ignorados en las historias militares de la guerra, las mujeres y niños del ejército seguían a las tropas en campaña y sufrían su agotamiento, privaciones y riesgos.

Cuando los continentales entraron en cuarteles de invierno construyeron una pequeña ciudad de casetas siguiendo un modelo. El manual de Von Steuben estableció la

distribución del campamento y fijó la localización de los hombres alistados, oficiales, cocinas y letrinas. Cada alojamiento para 12 hombres debía tener 14 pies (4,3m) de largo por 16 pies (4,9m) de ancho. Los tejados tenían que estar hechos de tablas, paja o cañizo.

Doce hombres ocupaban cada alojamiento. Bancos de madera sobre el suelo, alineados contra los muros y clavos o perchas sujetaban las armas, mochilas y ropa. El hogar servía como cocina y calefacción. Esperaban a que mejorara el tiempo antes de abrir en los muros las ventanas que hacían correr el aire.

Siguiendo al tambor: Cantinières

Por Tom Holmberg

http://www.napoleon-series.org/military/organization/c_cantinières.html

Las *Cantinières* tenían una autorización del consejo de administración del regimiento o del batallón para vender a los soldados de esa unidad comida o bebida mas allá de lo que se proporcionaba como raciones. Se exigía a las *cantinières* estar casadas con un soldado del regimiento, y si su marido moría en combate debía a menudo casarse con otro hombre alistado para conservar su condición.

Algunas *cantinières* servían hasta 30 años en el ejército. A la *cantinière* se le requería que vendiera sus productos a un precio aceptable bajo pena de confiscación. No recibía paga, viviendo de sus ingresos o de los de su marido. La *cantinière* era un contratista civil sujeto a disciplina militar. La *cantinière* no llevaba ningún uniforme formal, y su vestuario podía ser una mezcla de ropa civil y militar. Un *bonnet de police*, un vestido de campesina, una pelliza o mantón, y zuecos. Otras *cantinières* podían estar mejor vestidas por el comandante del regimiento o con ropa saqueada.

Algunas *cantinières* tenían a sus hijos con ellas incluso en campaña. Un testigo describe a una *cantinière* lavando su ropa en la campaña del Danubio. “Tenía a un hijo a su pecho, otros dos pequeños cerca”. Ella le dijo “He hecho ocho campañas y esta ha sido la mejor. Seguí al regimiento porque me enamoré de un sargento... Él me dio un hijo, di a luz en la ambulancia”. Algunas podían seguir a sus maridos prisioneros a la prisión. Una *cantinière* que siguió a su regimiento en cautividad en el “campo de la muerte” de la isla de Cabrera dio a luz gemelos, aunque “se la veía constantemente trabajando en ayudar a los prisioneros enfermos”.

El producto más importante de las *cantinières* era el alcohol, normalmente brandy de varias calidades, abarcando desde el peor mejunje hasta el mejor coñac. Lo llevaban en su “*tonnelet*” o tonelete pintado de color rojo, blanco y azul: un pequeño frasco que llevaban colgado de una ancha correa de cuero cruzando su pecho. También llevaban

varias tazas pequeñas de latón o cobre de dos onzas de capacidad para servir su preciado brebaje. Además de proporcionar bebida y comida, una *cantinière* podía también cocinar, lavar o coser por un precio. También podía traer leña y agua así como permitirse pequeños robos o saqueos si la oportunidad se presentaba. “Ninguno de mis productos me ha costado un *sou* (sueldo: en este caso una moneda de escaso valor)” explicaba una. “Todo viene del regimiento. Los más veteranos reservan algo de su último botín para mí. Y es a estos mismos soldados a los que vendo las provisiones por las que pagan sin problemas con lo que no pueden conservar o llevarse”. La *cantinière* también proporcionaba la tan deseada compañía femenina a hombres que estaban lejos de sus madres, hermanas o esposas. El general Lasalle escribió una canción sobre una *cantinière* en la víspera de Marengo: “A ella le gusta reír, a ella le gusta beber, a ella le gusta cantar como nosotros”. Pero algunas *cantinières* no eran apreciadas. Cuando el carruaje de una *cantinière* con la mujer de un oficial volcó en el Danubio, la mujer del oficial fue rescatada pero nadie quiso ayudar a la pobre *cantinière*. La “*cantine*” o cantina regimental era un centro de reunión social para el regimiento, donde podían beber, fumar, jugar o conversar.

Los días de batalla la *cantinière* debía distribuir sus bebidas gratis a los soldados, algunas veces bajo el fuego. Esto podía ser un regalo para los hombres con la boca seca por el miedo o por morder los cartuchos de mosquete. Podía también ayudar a transportar o atender a los heridos. Aunque técnicamente era una no-combatiente, una *cantinière* podía ir armada y estar dispuesta a usar su arma. Como observó un oficial, “Muchas *cantinières* eran tan aguerridas como los granaderos veteranos”. Las *cantinières* afrontaban los mismos riesgos y peligros que un soldado de su regimiento en campaña, incluyendo la muerte, las epidemias, la captura o el robo a manos del enemigo o de saqueadores, las inclemencias del tiempo, largas marchas, etc. Una *cantinière* del 14^o *légère* llevó a su marido herido a la espalda durante cinco millas hasta una ambulancia. Otra del 57^o *de ligne* fue mencionada en los informes por haber, bajo una lluvia de disparos, “entrado dos veces en un barranco donde nuestras tropas estaban luchando para repartir dos barriles de brandy”. La famosa Marie *Tête-de-bois*, que sirvió en un regimiento de línea hasta 1814 y desde entonces en la Guardia, resultó muerta en 1815 durante los últimos combates alrededor de París. Una *cantinière* fue herida en la batalla de Lützen mientras repartía cartuchos con una mano y brandy con la otra.

La mayoría de las *cantinières* procedían de las clases bajas, muchas de familias de campesinos o de artesanos de pequeños pueblos. Algunas podían proceder de los pobres de las ciudades. Algunas podían terminar casándose con un oficial ¡y una se casó con un Mariscal! Un decreto de la Convención del 30 de abril de 1793 ordenó que todas las “mujeres inútiles” fueran expulsadas de los ejércitos, pero dispuso un máximo de cuatro *blanchisseuses* (lavanderas) por batallón y un número no específico de *vivandières* (vendedoras de comida, bebida y otras necesidades) que fueran aprobadas por el comandante de la división. Las *cantinières* llevaban también medallones o brazaletes indicando su condición. Una ley del Año VIII restringía el número de mujeres, *blanchisseuses* o *vivandières*, a solo cuatro por regimiento. Estas mujeres debían ser

registradas en la *gendarmería* y tener un certificado emitido por el consejo del batallón o del regimiento. En tiempos del Imperio el término *cantinière* había sustituido mayoritariamente en el uso general a los de *blanchisseuse* y *vivandière*, aunque sus funciones se mantenían. Después de 1804 las *cantinières* fueron autorizadas a ser atendidas en hospitales militares en tiempo de guerra.

En tiempos del Imperio las *cantinières* pudieron cambiar sus mulas o caballos por carruajes o incluso carromatos de transporte cargados con licores, comida y otros productos (tanto comprados como saqueados). Su carro estaba bajo el mando del jefe de carros de transporte de la unidad. La bien surtida *cantinière* podía llevar quesos, salchichones, salchichas, café, tabaco y otras provisiones. Podía tener también una tienda de campaña grande que podía transformarse en el centro social de un regimiento. “... por la noche uno juega y bebe vino caliente entre el humo de las pipas”. A una *cantinière* se le prohibía vender sus productos a civiles o a los hombres de otros regimientos. Si las *cantinières* llevaban al desorden, afectando a las funciones militares del ejército, una orden del día podía ordenar permitir a los hombres despojar a cualquier *cantinière* que no estuviera en su lugar asignado o sin su brazalete.

Bibliografía:

“*La Belle Cantinière: Women in the French Army, 1789-1913*” Thomas Cardoza.

Proceedings. Western Society for French History 1995. Pags. 45-54.

“*Swords around a Throne: Napoleon’s Grande Armée*” John Robert Elting. New York: Free Press, 1988.

“*La Grande Armée*” Georges Blond. London: Arms and Armour Press, 1995.

“*French Napoleonic infantryman. 1803-1815*” Terry Crowdy, Ilustrador Christa Hook. Warrior 057 Osprey Publishing (2002). Página 55.

El coste de la guerra lo resumía una de las incontables, aunque a menudo olvidadas, *cantinières* o cantineras que seguían a los hombres proveyéndoles de bebida, tabaco y alguna sonrisa ocasional. En enero de 1815 escribió, tan elocuente y formalmente como podía, pidiendo a “Su Excelencia el Ministro de la Guerra” que le dieran la pensión por su último marido.

“Señor, tiene el honor de presentarse Catherine Campagne, esposa de Joseph Sabatier del 9º Léger, su segundo marido que fue muerto con el ejército de España cerca de Zaragoza. Su primer marido también murió en defensa de la patria y ha perdido todo lo que tenía cuando era cantinière. Tomada prisionera pide... a su excelencia, como madre de dos hijos al servicio de Su Majestad, una pensión como garantiza la ley también porque la peticionaria fue encerrada en un pontón en Cádiz donde estuvo dos años. Su padre también fue muerto en el mar, a bordo del escuadrón

mandado por el señor conde d'Estaing y sus dos maridos fueron muertos como he dicho antes. Esperando, como mujer sin recursos, que Su Excelencia le concediera la pensión de una esposa que durante casi treinta años ha seguido a la tropa como cantinière legalmente autorizada y que tiene a dos niños en sus brazos. Ahora señor la peticionaria, encontrándose a falta de todo y habiendo perdido sus posesiones con el ejército de España, implora y espera que si tiene lástima de su pobre situación le otorgue su solicitud. Con esta esperanza y profundo respeto (firma) Catherine Sabatier, nacida Campagne”.

Igualmente nuestra conocida heroína Agustina de Aragón cuenta su hazaña en un memorial, como solía pasar en toda Europa reclamando su pensión:

“Atacada con la mayor furia pónese entre los artilleros, los socorre, los ayuda y dice “ánimo artilleros que aquí hay mujeres cuando no podáis mas”. No había pasado mucho rato cuando cae de un balazo en el pecho el cabo que mandaba a falta de otro jefe al cual se retiró por muerto. Y caen también de una granada y abrasados de los cartuchos que voló casi todos los artilleros quedando por esa desgracia inutilizada la batería y expuesta a ser asaltada. Ya se acercaba una columna enemiga cuando tomando la exponente un botafuego pasa por entre muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla aprovechada de tal suerte, que levantándose los pocos artilleros de la sorpresa en que yacían a la vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería y obligan al enemigo a una vergonzosa y precipitada retirada”.